

# Blas de Otero, y la poesía social

Por Javier de Bengoechea

No es posible hablar de la obra de Blas de Otero sin asumir que, su excepcional significado en la poesía española de la segunda mitad de este siglo, se ve amenazado por la indiferencia, y hasta por el descrédito, con que hoy se considera a la "poesía social".

Blas de Otero, en sus dos primeros libros —"Ángel fieramente humano", y "Redoble de conciencia"— estremece, o escandaliza, a los lectores de los años cincuenta con una poesía que entonces se llamó "desarraigada" pero a la cual, tal vez, convenga más el tratamiento de agónicamente religiosa. En esos dos títulos hay, también, un claro anticipo de cuál sería la posición de Blas en el futuro una vez perdida la fé en un Dios que nos desoye. Lo dice dura y contundentemente: "no sigais siendo bestias disfrazadas / de hambre de Dios: con ser hombres os basta".

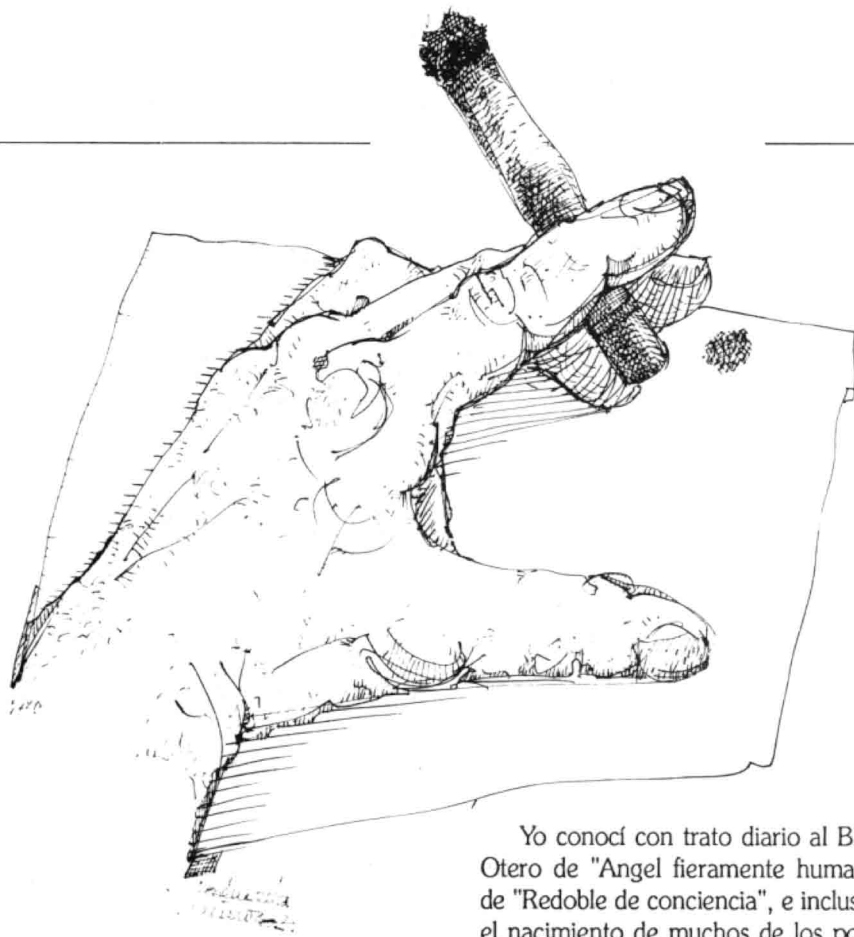
Pero, Blas, no era ese estoico que él propugnaba. Su constitución psíquica tenía poco de hercúlea. Precisaba asirse a alguna apoyatura que la ayudara a no ahogarse en el fondo de sus depresiones. Y, en el hombre, concebido como la suma hermanada de todos los hombres, advirtió esa nueva fé capaz de sostenerle a flote: "en nombre de la fé que he conquistado / alegría". Su próximo libro

—"Pido la paz y la palabra"— será ya un libro de poesía en lucha por "la defensa del reino / del hombre y su justicia". Y al servicio de ese empeño pondrá en el futuro todo su enorme talento poético, tan visible en sus libros posteriores como lo había sido en sus dos libros iniciales. En el fondo, toda la poesía de Blas está transida de una misma necesidad: la fé, y sea en un Ser superior que, al asumirnos, nos trascienda, o en un ideario terreno que libre al hombre de las injusticias y calamidades que le acechan en un mundo mal repartido y peor gobernado.

No es fácil precisar hoy, en términos exactos, qué debe entenderse por poesía "social". En la España de entonces, la poesía social se solapa con la poesía de protesta por las demasías de una larga dictadura. De ahí que ni siquiera se sepa con precisión si, aquella poesía hoy tan entredicho, estaba al servicio de "la lucha de clases", o si más bien era de denuncia de la dictadura. Mucha de la poesía que entonces se leía como "social", ahora la podemos releer como liberadora del hombre constreñido, por unas circunstancias históricas concretas, a la condición de aceptante inerte de tales circunstancias. Sucede, también, que en la poesía de Blas —como en la de otros poetas "sociales"— se da una doliente consideración de España y de sus peripecias históricas —la "espaciosa y triste España" de Fray Luis de León— que vincula a esa poesía, presuntamente "social", con las actitudes críticas, y hasta con los modos literarios, de los hombres de la Generación del Noventa y Ocho, de donde lo "social" amplía sus miras para instalarse en el panorama más amplio de la reflexión, transida de melancolía, o de santa cólera, de las empobrecidas realidades que el poeta considera. De otro lado, la necesidad de eludir una censura siempre alerta, hacia que, los poetas comprometidos, usaran de un vocabulario en el cual, palabras como "paz", "justicia", "libertad" podían circular más libremente por su pertenencia a un ideario que aún la dictadura tenía como propio, que no aquellas otras expresiones más directamente vinculadas al credo político asumido por el poeta. La mejor



Blas de Otero con Rafael Alberti y Marcos Ana (París, 1963)



poesía social que por aquellos años se hizo, se beneficia, así, de la ambivalencia de significados, y de la pluralidad de resonancias, propias de toda poesía, con lo cual, esa poesía —"social" en primera instancia— se libera de la inmediatez de su designio para convertirse en textos de noble promoción humanística.

Y esto ocurre, posiblemente, contra el propósito de los mismo poetas que —como es el caso de Blas— asumieron su inserción en un credo político determinado cuyo credo, en aquel entonces, era la más visible almena de la resistencia a la dictadura. El ejemplo de Antonio Machado en su soneto a Lister, determinó a los poetas sociales: "si mi pluma valiera tu pistola / de capitán, contento moriría". Lo cierto es que, el derrumbe de la utopía marxista, ha contribuido al descrédito de una poesía que, en buena parte, creció y se desarrolló intramuros de su ideario y, muchas veces, hasta de su obediencia más estricta. Y, ese derrumbe, en España, se produjo apenas la transición política permitió el libre pensamiento y el libre ejercicio de la pluma. A veces pienso que, a Blas, la muerte, le evitó vivir aquéllo que estremecedoramente nos cuenta en su soneto: "Ya escucho a solas el derrumbamiento / de mundos interiores espantoso".

Yo conocí con trato diario al Blas de Otero de "Angel fieramente humano" y de "Redoble de conciencia", e incluso viví el nacimiento de muchos de los poemas de "Pido la paz y la palabra" que, en principio iban a integrarse en un libro con varios posibles títulos: "Complemento directo", o "En castellano". Blas era muy pudoroso, y yo, muy prudente en mis preguntas aunque resultaba claro para ambos los definitivos compromisos de su poesía. Al poco tiempo, comenzaron los viajes de Blas a París, su residencia temporal en Barcelona, y luego ya, Rusia, Cuba, China. Y sus nuevos libros dedicados plenamente al "reino / del hombre y su justicia". Perdido mi contacto personal con Blas, no sé, más que por sus libros, lo que vio y no pudo, o no quiso, ver, en esos países y en esos climas. Sus entusiasmos poéticos por la nueva fé conquistada no le salvaron de sus periódicos hundimientos en la depresión tanto más angustiosos al tener que ser vividos y tratados lejos de su entorno natural. Pero, todo eso lo sé por relatos y noticias, —no siempre bienintencionados—, que me llegaban por terceras personas. Lo que sí sé es que Blas nunca perdió su lucidez poética, aquella que le llevaba a ser máximamente exigente con su obra, incluso una vez comprometido con un credo extrapoético concreto: "el poema es un ente estético con todas las de la ley. En una palabra, la calidad estética, es insoslayable". Ese pronunciamiento de Blas disipa cualquier duda acerca de la rectitud de su conciencia poética, y da razón de alta calidad de su poesía aún

después de su compromiso social. Blas, como anticipándose a posibles reproches por la socialización de su poesía, a nivel pedagógico elemental —y haciendo uso de un humor que en muchas ocasiones aflora en su obra— lo dejó explicado: "La poesía tiene sus derechos. / Lo se. / Soy el primero en sudar tinta / delante del papel". Y añade: "Ahora viene el pero. / La poesía tiene sus deberes". Y añade: "Ahora viene el pero. / La poesía tiene sus deberes / igual que un colegial. / Entre yo y ella hay un contrato / social".

Vivimos hoy una exaltación de los valores estéticos impensable en aquellos años en los cuales, el "compromiso", era condición ineludible para ser considerado en el campo de la creatividad. Con toda injusticia, se relegaron a segundo término, o incluso al olvido, nombres de poetas cuya admiración estaba prohibida por los "comprometidos". ("También yo escribiría / un poema perfecto / si no fuera indecente / hacerlo en estos tiempos" decía Gabriel Celaya). Pero tan injusta resulta la reacción a semejante arbitrariedad cuanto hoy se silencian nombres y poemas que, no solamente tienen plena justificación histórica, sino calidad suficiente como para no tener que ser exculpados de nada. Ciertamente, hay mala, malísima, poesía estrictamente social, pero hay también mala, malísima, poesía lírica, o poesía pura. El problema es que hay muy poca poesía buena en cualquiera de sus variedades, y no tiene sentido el rechazo de la poca, pero buena, poesía social que se escribió en aquellos años en los que vivió, sufrió, y escribió, Blas de Otero.

En esta época de reconversiones industriales y políticas —las más regocijantes de todas— y para salvar los "stocks" de poesía acumulada, se intenta también la reconversión de los poetas del pasado próximo: los poetas sociales se reconvertían en poetas líricos ocultando su poesía claramente de "servicio" o "comprometida", y relejando, o editando, o elogiando, sólo aquella su poesía aséptica que, en ocasiones, apenas si tiene entidad alguna, con lo cual se les otorga una especie de perdón absolutamente innecesario si toda su poesía, como es el caso de Blas de Otero, es honda, humana, y de una contundente y sostenida belleza.